

Honestamente la verdad

Cuando fui invitada a participar en una mesa redonda cuyo tema era "La clase media y el movimiento estudiantil de 1968", me puse a reflexionar sobre lo que yo podría decir al respecto. Consideré que para hoy día ya se han dicho y escribo muchas cosas que relacionan ambos conceptos: análisis sociológicos, artículos periodísticos, libros, testimonios, en fin, que en el terreno de la interpretación de este fenómeno político, poco sería lo que yo tuviera que aportar. Otros antes que yo lo han hecho con muy buenos resultados y aunque estoy convencida de que los acontecimientos que tuvieron lugar en nuestro país en 1968, deben seguir siendo estudiados y profundizados y de que cuanto más se discutan, mayor claridad habrá sobre ellos, no estaba en mi capacidad ni en mis circunstancias actuales empeñarme en la tarea de redactar una intervención teórica que pudiera haber sido poco afortunada.

Así que tomé la decisión, a riesgo de aburrir por la impertinencia de utilizar la primera persona, de hablar sobre mi propia experiencia como participante en el Movimiento Estudiantil.

Debo decir, antes que nada, que para mí no es nada fácil presentarme hoy ante ustedes a hablar, recordar, situaciones que yo sí quise olvidar y esto por dos razones: la una, que nunca fue mi intención quedarme en la actitud de "yo fui parte de un acontecimiento histórico allá en mi juventud y por lo consiguiente ya tengo algo que

contar", y la otra es que los momentos duros, amargos vividos entonces fueron muy difíciles de asimilar y hube de pelear mucho conmigo misma para que no se convirtieran en rencor estéril y frustración vana.

Yo soy hija de la clase media, prototipo de sus limitaciones y dudas, de su conciencia a veces visceral, en ocasiones racionalizadora y le tengo mucho miedo a la violencia, pero ninguno al compromiso. Sé ahora, sabía entonces y aún desde antes que hay cosas que se deben hacer y otras que como ya dije, mi formación en el seno de la clase media liberal, me impide en todo momento llevar a cabo. Y en el Movimiento había que participar. No era ni siquiera una alternativa, simplemente había que hacerlo. Y de esa manera, como estudiante universitaria estuve presente desde las primeras asambleas y tomé parte en las tareas iniciales.

La lluvia. Siempre llovió, en los momentos de mayor tensión y también en los de la alegría. Por eso, ¿cómo agradecemos los plásticos y periódicos que los habitantes del Multifamiliar Juárez nos arrojaban desde las ventanas, durante aquella primera manifestación encabezada por el Rector Barros Sierra! Aquella manifestación en la que participamos todavía con un poco de azoro, indignados ya, pero como si de alguna manera las circunstancias nos arrastraran a las situaciones de las que sólo había indicios premonitorios. Aún así, nos enorgullecía como tantas veces después



nos fortaleció, la firme posición del Rector y su discurso a la llegada a Ciudad Universitaria.

Después se creó el Consejo Nacional de Huelga y el Movimiento se empezó a desarrollar como un todo orgánico, con sus demandas, sus líderes, sus trabajos repartidos y su amplia base decidida, entusiasta, disciplinada.

De esa base quiero hablar, sin idealizarla, pero tampoco, de ninguna manera caracterizando peyorativamente su origen pequeño-burgués.

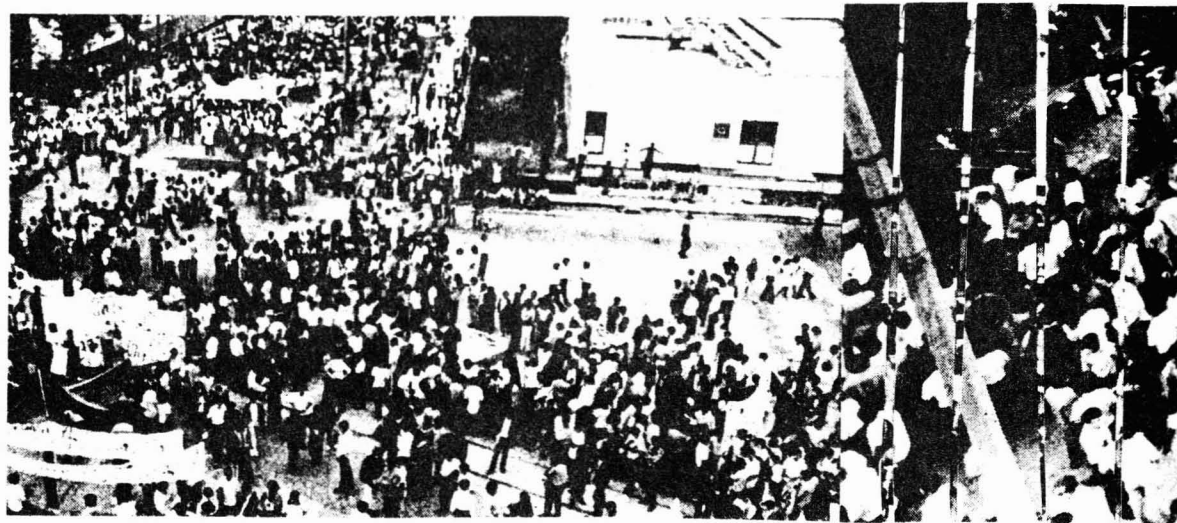
Se estructuraron las brigadas y salíamos a la calle. Y explicábamos a quien deseaba oírnos lo que estaba sucediendo y qué queríamos y por qué no estábamos sentaditos y juiciosos ante el profesor en turno. Y al principio nuestro auditorio nos miraba con sorpresa o con molestia, en muchos casos con franca oposición. Pero después, poco a poco, al paso de los días, los usuarios del camión, los traseúntes, los obreros que salían de la fábrica nos rodeaban, hacían preguntas, nos alentaban. Colmábamos interminables cestas de comestibles donados por los locatarios de los mercados, el bote que circulaba al tiempo del mitin-relámpago, se llenaba con las aportaciones del ama de casa, de la secretaria, del burócrata que oía en nosotros, su propia voz, tan silenciada. Regresábamos a nuestra casa, la Ciudad Universitaria o el Politécnico, o cualquier otra escuela, eufóricos, plenos de esa dicha producto de la

relación directa con aquellos que nos apoyaban porque sabían, con un conocimiento más brutal que el nuestro, que en México las libertades democráticas estaban canceladas. Aquellos días de ascenso del Movimiento significaron para mí una experiencia que sólo volvería a reencontrar en Cuba y con esto me refiero a la concreción del manido concepto: solidaridad.

¡Qué entendimiento tan cabal hubo entre los estudiantes! ¡Qué forma tan honesta de tratarse! ¡Qué desprendimiento de individualismos o actitudes acomodaticias! ¡Qué deseos de cooperar que tenía el pueblo! Y así era el trabajo en el mimeógrafo, en las pintas, en los mítines. Y así era durante las noches en que recorríamos en pequeños grupos, las escuelas de la Ciudad Universitaria, cantando canciones revolucionarias, visitando a los compañeros, "dando una mano" a quien requería de ella.

Así nos sorprendió la represión y por eso tuvimos valor para enfrentarla, porque nos cuidábamos unos a otros y porque siempre estábamos vigilantes de las salidas a la calle, de las tareas peligrosas.

Mientras tanto el Comité Nacional de Huelga deliberaba, las asambleas enviaban sus iniciativas, los comités de lucha organizaban. Se sucedían las manifestaciones y cada una era más exitosa que la anterior. Pero el enemigo no descansaba y los amagos provenían del poder estatal en su conjunto, de los organismos estudiantiles



manipulados, de la prensa, de los cientos de agentes infiltrados en el Movimiento, y las detenciones policíacas se hacían más frecuentes.

El 27 de agosto después de la manifestación gigantesca, después de la alegría con la que habíamos recorrido calles que sentíamos nuestras, después de un intento porque los compañeros ya reclusos en la cárcel de Lecumberri nos oyerán —les gritábamos a coro desde la puerta del presidio— tuvimos frente a frente esa cara oscura, pétrea en su inconciencia, del soldado mexicano. Nos rodearon y nos desalojaron del Zócalo, algunos nos insultaban, el que yo tuve tras de mí, por algunos instantes mientras corría, gritaba: ¡Putá! ¡Putá!

“La relación con quienes nos apoyaban nos llenaba de dicha. Ellos sabían, con un conocimiento más brutal que el nuestro, que en México las libertades democráticas estaban canceladas.”

Los signos se fueron haciendo más ominosos. La presencia del ejército en las ca-

lles, ese vago temor indefinible y concurrente en todas nuestras acciones, las amenazas constantes de la entrada de los militares a los planteles educativos.

Luego volvimos a ver a los soldados, estaban allí, en nuestra casa, revisando nuestros escritos y profanando los sitios que con tanto empeño mantuviéramos limpios y cuidados. La desorganización cundió, muchos de nosotros ya no teníamos un sitio fijo en el cual ser encontrados, las bases se desvincularon, las brigadas disminuídas continuaron trabajando aisladas y mucho más vulnerables.

Nos reuníamos en la Casa del Lago. De aquí una mañana partimos profesores y estudiantes, ante la llegada inminente de las fuerzas represivas, al domicilio particular del Rector, donde fuimos rodeados por la policía. Barros Sierra trató de hablar con alguna autoridad para exigir el retiro inmediato de los “Guardianes del orden” y ante sus infructuosos resultados, nos dijo que allí permaneceríamos hasta que pudiéramos salir sin peligro alguno, aunque esta situación se prolongara por el tiempo que fuera necesario. Horas más tarde los contingentes policíacos desaparecieron y nosotros salimos a continuar la compleja tarea de reunirnos y mantener vivo el Movimiento.

Otra noche, Gerardo y yo oímos por el radio de su automóvil que había un enfrentamiento en el Casco de Santo Tomás; hacia allá nos dirigimos y entonces, todavía



entonces, confundimos con cohetes los disparos. La batalla había comenzado, nada podíamos hacer, sin saber combatir y sin tener con qué sólo pudimos alejarnos a alertar a quienes encontráramos, en un estado de verdadera conmoción.

En los días posteriores el Ejército devolvió las escuelas y el CNH reiteró la decisión de permanecer en huelga y conminó a las bases a reorganizarse y continuar las acciones.

Los actos de masas se hacían necesarios, el mantener viva la atención popular en el carácter intransigente y represivo con que el aparato estatal había dado respuesta a las demandas estudiantiles, era la táctica a seguir y por ello continuaron los mítines. Del último, del que definiera finalmente a un individuo fríamente capaz de masacrar a sus gobernados, seguido por su corte de tristes comparsas, sólo tengo pocos recuerdos que afortunadamente se van borrando de mi memoria. Tengo presente una carrera ciega, instintiva, un temblor constante, la cara húmeda de lágrimas, los sonidos: las descargas cerradas y el ruido de las botas claveteadas subiendo por una escalera, un grito de dolor por encima del tiroteo y la deuda infinita con la mujer que abriera su departamento para que nos escondiéramos y salváramos la vida.

Salimos de la ciudad, pero a los pocos días el estupor ya no nos servía de excusa y regresamos a participar en esos dos últimos meses, los más dolorosos, los de la angustia constante. Nuestros compañeros habían sido aprehendidos, otros estaban

desaparecidos y otros más habían muerto.

Las calles, en esos meses más solitarias que de costumbre, eran caja de resonancia de nuestras tenues voces cuando acompañamos, en la noche, ya tarde, a José Revueltas al departamento donde horas más tarde sería hecho preso: y en esa noche, él se preocupaba por una compañera que tenía gripa y como en tantas otras ocasiones nos animaba, decía chistes, contaba anécdotas, haciendo presente la calidez de ser humano íntegro y generoso que fuera una de sus muchas cualidades.

Se iniciaron las pláticas con los representantes gubernamentales, por lo general diálogo de sordos, las largas e incoherentes asambleas de lo que quedaba del CNH, el forcejeo por encontrar una salida viable a lo que era objetivamente, un movimiento deshecho, unas escuelas vacías y un Estado dispuesto a seguir reprimiendo. El Movimiento se mantuvo casi artificialmente hasta la elaboración del *Manifiesto 2 de octubre*. Más tarde se iniciaron las clases.

Hoy, diez años después hay que afirmar que hubo un derrotado: este sistema cuya inoperancia hubo de valerse en años posteriores de la apertura que las exigencias estudiantiles plantearan, como una válvula de escape de la presión política que las masas ejercen cada vez con mayor apremio.

Quedan pues estas líneas como testimonio personal y pálido reflejo de aquellos días, de aquella generosidad, de aquella entrega que caracterizaran una más de las batallas que el pueblo ha dado y seguirá dando en el camino hacia su liberación.

